



NOTAS SOBRE PARÍS

LOS SALONES RIDÍCULOS

Entre las locuras de nuestros tiempos, no hay ninguna más alegre, más extraña, más abundante en sorpresas burlescas, que esta rabia de reuniones, veladas y tés, que desde Octubre hasta Abril se padece en las casas todas de la burguesía parisiense. Hasta en los hogares

más modestos, en los más apartados rincones de Batignoles ó de Levallois-Pequet, se quiere recibir, tener reuniones un día á la semana. Conozco infelices que se van á tomar el té todos los lunes nada menos que á la calle de la Madriguera de Conejos.

Pase todavía para los que tienen un interés cualquiera en esas fiestecillas, como, por ejemplo, los médicos que se establecen y quieren darse á conocer en el barrio, ó los padres pobres que tratan de casar á sus hijas, ó los profesores de declamación, las maestras de piano que reciben una vez por semana á las familias de sus discípulos. Esas veladas tienen siempre cierto saborcillo á clase, á exámenes. Hay en ellas paredes desnudas, asientos duros, suelos encerados y sin alfombra, una alegría convencional y grandes silencios de atención cuando el profesor anuncia: «El señorito Edmundo va á recitarnos una escena del *Misántropo*,» ó «la señorita Elisa va á tocar una *Polonesa* de Weber»...

Pero, en cambio, ¡cuántos desgraciados reciben sin razón, sin provecho, simple-

mente por el gusto de recibir, de fastidiarse de lo lindo, una vez por semana, y de reunir en su casa cuarenta ó cincuenta personas que saldrán de allí riéndose de ellos!

Siempre tienen salas demasiado pequeñas, donde los convidados, sentados, parecen gentes que van en ómnibus; habitaciones transformadas, arregladas *ex profeso* para aquella noche, con corredores, portières y biombos de sorpresas, y la dueña de la casa que, asustada, grita á cada instante: «¡Por ahí no!» Algunas veces se entreabre una indiscreta puerta y os muestra allá abajo, en un fondo de cocina, al señor de la casa, que vuelve de hacer encargos, calado por la lluvia, secando el sombrero con el pañuelo, devorando apresuradamente un pedazo de carne fría en una mesa atestada de trastos.

Se baila en los corredores, en las alcobas, desamuebladas al efecto; y al ver que en derredor no hay más que arañas, brazos de bronce, pinturas, un piano, se pregunta uno aterrado: «¿Dónde dormirán esta noche?»

He conocido una casa de ese género, muy singular, donde las habitaciones seguidas, separadas entre sí por dos ó tres escalones, parecían mesetas de escalera, de tal suerte, que los convidados que habían llegado los primeros, figuraba estar subidos en un estrado y humillar desde allí á los que llegaron los últimos, que aparecían hundidos y sin poder enseñar más que la cabeza desde el fondo de la primera habitación.

Ya podéis imaginaros qué cómodo sería aquello para bailar. Pues nada; una vez al mes se daba allí una gran reunión. Llevaban los divanes del café que había enfrente, y con los divanes un mozo, con zapato bajo y corbata blanca, que era la única persona que allí llevaba reloj y cadena. Era cosa de ver á la dueña de la casa como loca, despeñada, sudorosa á fuerza de trabajar en tantos preparativos, corriendo detrás de aquel hombre, persiguiéndolo de habitación en habitación, y llamándole: «¡Señor camarero... Señor camarero!...»

¡Pues y el público de aquellas veladas! Ese público, siempre el mismo, que se

encuentra en todas partes, que se conoce, que se burla, que se atrae. Toda una falange de señoras viejas y de muchachas jóvenes con trajes pretenciosos y ajados; el terciopelo es algodón, la per-



calina sustituye á la seda y se huele por todas aquellas cintas viejas, aquellas flores arrugadas, aquellos prendidos, que han sido hechos sabe Dios cómo, y con esta frase audaz: «¡Bah! De noche no se ve; todos los gatos son pardos,» se llenan de polvos de arroz, de alhajas falsas, de

encajes de imitación: «¡Bah! De noche no se conoce.»

¿Que las cortinas están descoloridas, que los muebles están rotos, que las alfombras se deshilachan?... «¡Bah! De noche...»

Y así es como se pueden dar reuniones y se puede tener la gloria, á las tres de la madrugada, de ver que cuatro cochecillos de alquiler, atraídos por el reflejo de las luces, se detienen á la puerta de la calle; lo cual, por otra parte, no sirve para maldita de Dios la cosa, porque casi todo el mundo se va á pie, recorriendo á horas imposibles el trayecto que recorre el ómnibus; las muchachas cogidas del brazo del padre, con los zapatitos de raso metidos en los chanclos.

¡Oh! ¡Cuántos salones ridículos he visto! ¡En cuántas extrañas reuniones he lucido mi primer frac, en aquella época en que, cándido provinciano, que no conocía de la vida más que lo que había leído de Balzac, me creía en el deber de frecuentar la sociedad! Es preciso haber rodado como yo he rodado por todos los rincones de París durante dos inviernos

seguidos, para comprender hasta dónde llega esa locura de dar reuniones. Todo eso está un poco vago y confuso en mi memoria; pero me acuerdo, sin embargo, de una casita de empleado, un saloncillo muy irregular donde, para ganar sitio, estaban obligados á poner el piano delante de la puerta de la cocina. Colocaban las copas de jarabe sobre los cuadernos de música, y cuando cantaban romanzas enternecedoras, la criada salía y se apoyaba en el piano para escucharlas.

Como la pobrecilla estaba prisionera en la cocina, el señor de la casa se encargaba del servicio exterior. Aún me parece estar viéndolo tiritando bajo su frac, subiendo de la cueva con enormes carbones para la chimenea, envueltos en un periódico. El papel se rompe, el carbón rueda por el suelo, y entretanto siguen tocando el piano y cantando de lo lindo.

¡Pues y aquella otra casa, aquel quinto piso fantástico en el cual la meseta de la escalera servía de vestuario, el pasamano de guardarropa, donde los muebles

desapareados se amontonaban todos en una pieza única, que podían alumbrar y calentar, lo cual no impedía que, á pesar de todo, estuviese oscura y fría á causa del abandono, de la miseria que rondaban por lo desierto de las habitaciones désocupadas! ¡Pobres gentes! A eso de las once os preguntaban con la mayor naturalidad:

—¿Tiene usted calor?... ¿Quiere usted que refresquemos?...

Y abrían las ventanas de par en par para dejar entrar el aire exterior, á guisa de fresco. Después de todo, mejor era aquello que los jarabitos de cobres venenosos y las pastitas conservadas tan cuidadosamente de una semana para otra. ¿No he conocido yo una señora que todos los martes por la mañana ponía á que se secasen al balcón unos paquetes de té mojado, que hacía servir á sus invitados tres ó cuatro lunes seguidos? ¡Oh! Cuando á los burgueses les da por fantasear, no se sabe nunca dónde se detienen. En ninguna parte, ni siquiera en plena bohemia, he encontrado tipos tan extraños como en esas casas.

Recuerdo una señora vestida de blanco, á quien llamábamos la señora de los *trinos*, porque siempre se quejaba, dando un suspiro, de que le *¡trinaba el estómago!*... Nadie ha sabido jamás lo que quería decir.

¡Pues y aquella otra, muy gorda, casada con uno que tenía clase de repaso para los estudiantes de Derecho, y que llevaba siempre á las reuniones, para que se divirtiese bailando, algún discípulo de su marido, casi siempre un extranjero, un ruso envuelto en muchas pieles, ó un persa con larga túnica!

¡Pues y aquel señor que se ponía en las tarjetas *turista del mundo*, para decir que había dado la vuelta al mundo!

¡Pues y en aquella casa de piojos resucitados, aquella antigua trabajadora del campo, medio sorda é idiota, mal pergeñada con su vestido de seda, á quien se acercaba su hija para decirle haciéndole un mimo: «Mamá, el señor Tal nos va á recitar algo!» La pobre vieja se agitaba en su asiento sin comprender, y contestaba con una sonrisa estúpida, asustada: «¡Ah! bueno... bueno...»

En esa casa es donde tenían la especialidad de los parientes de grandes hombres. Os anunciaban con gran misterio: «Esta noche vendrá el hermano de Ambrosio Thomas;» ó bien «un primo de Gounod,» ó «la tía de Gambetta.» Pero nunca, claro está, Gambetta ó Gounod. Allí era también donde...; pero me detengo, porque la serie es interminable.



EN PROVINCIAS

UN INDIVIDUO DEL «JOCKEY-CLUB»

Después de comer, aquellos buenos muchachos de Cevennes tuvieron empeño en enseñarme su Casino. El eterno Casino de pueblo, cuatro habitaciones una detrás de otra, en el piso primero de un viejo hotel que tenía vistas al macho, grandes espejos viejos, entarimado el suelo, sin alfombra, y aquí y allá, encima de las chimeneas, donde se veían

periódicos de París, fechados dos días antes, lámparas de bronce que eran las únicas que en el pueblo no se apagaban á las nueve de la noche.

Cuando llegué había todavía muy poca gente. Algunos viejos roncaban, con la nariz pegada á un periódico, ó jugaban al whist silenciosamente y bajo la escasa claridad de las pantallas verdes; agudos cráneos calvos, inclinados unos hacia otros; las fichas, amontonadas en su bandeja, tenían el mismo tono mate, amarillo, lustroso del marfil viejo. A la parte de afuera, en el macho, se oía tocar la retreta y los pasos de la gente que volvía de paseo y se dirigía á sus casas dispersándose por las empinadas calles llenas de cuevas y escalinatas, de aquel pueblecillo de la montaña que parecía estar levantado sobre diferentes pisos... Después de algunos últimos aldabonazos dados en las puertas en medio de un profundo silencio, los jóvenes, ya libres de las comidas y los paseos de familia, subieron ruidosamente la escalera del Casino. Vi entrar una veintena de robustos montañeses con guantes nuevos, con

chalecos escotados, cuellos bajos é intontonas de peinado á la rusa, que hacía que todos se pareciesen á grandes niños llorones.

No podéis imaginaros nada más cómico. Parecíame asistir á la representación de una comedia de costumbres de Meilhac ó de Dumas, hijo, interpretada por los aficionados de Tarascon ó de otro pueblo más apartado. Todas las displicencias, los aires de fastidio, de disgusto, ese hablar tartamudo, que es el supremo *chic* del elegante parisiense, me los encontraba á doscientas leguas de París; pero más exagerados todavía por la torpeza de los actores.

Era cosa de ver aquellos jayanes acercándose unos á otros para preguntarse con languidez: «¿Cómo te va, chico?» tenderse en los divanes en estudiadas posturas, estirar los brazos y sacarse los puños de la camisa delante de los espejos, y decir con acento lánguido: «Esto es terrible... abrumador... aburrido...» Y ¡cosa conmovedora! llamaban á su Casino el *clob*, que, como buenos meridionales, pronunciaban *clab*. No se oía más que

eso. El mozo del *club*, los reglamentos del *club*...

Estaba yo pensando de qué manera aquellas tonterías parisienses habrían podido llegar á implantarse allí, en el aire puro y saludable de la montaña, cuando vi aparecer la bonita cabeza paliducha y muy peinada del duquesito de M***, individuo del Jockey-Club, del Rowing-Club, de la caballeriza Delamarre y de otras varias sabias Sociedades. Aquel joven aristócrata, á quien hicieron célebre en el boulevard sus extravagancias, acababa de tirar en unos cuantos meses el penúltimo medio millón de la herencia paterna, y los testamentarios de su padre, asustados, lo habían mandado á ahorrar al pueblecillo de Cevennes. Entonces me expliqué los aires lánguidos de aquellos jóvenes, sus chalecos de frac, su pronunciación afectada: ahora ya tenía yo el modelo delante de mi vista.

Apenas entró el individuo del Jockey-Club, se vió rodeado, festejado, adulado. Repetían sus palabras, imitaban sus gestos, sus posturas, de tal suerte, que aque-

lla pálida imagen del elegante, enfermi-za, pero distinguida á pesar de todo, parecía reflejarse por todas partes en groseros espejos que exageraban sus facciones. Aquella noche, sin duda por hacerme el honor, el Sr. Duque habló mucho de teatros y de literatura. ¡Con qué desdén, con cuánta ignorancia! Era cosa de oírle llamar á Emilio Augier: «¡Ese caballero!» y á Dumas, hijo, «el pequeño Dumas.»

Tenía acerca de todo ideas muy vagas, flotando en frases sin concluir, en las cuales la *cosa*, *esto*, *eso*, *cosa*, reemplazaban á las palabras que no podía encontrar, y hacían las veces de esos puntos suspensivos de que abusan los autores dramáticos que no saben escribir. En resumen, aquel joven aristócrata no se había tomado jamás el trabajo de pensar; no había hecho más que tratar con muchas gentes, y de cada uno se había llevado frases y juicios que conservaba como prendidos con alfileres, y que formaban parte de él mismo, como los bucles de rizado cabello que se le venían á la frente. Lo que sí conocía á fondo

era la ciencia heráldica, las libreas, las *horizontales*, los caballos de carrera; y en esas cosas los jóvenes provincianos á quienes educaba, eran casi tan sabios como él.

Así pasó la velada, oyendo charlar á aquel melancólico palafrenero. A eso de las diez, los viejos se habían marchado; las mesitas de whist estaban desocupadas, y los jóvenes se instalaron á su vez para tallar un rato.

Era esto de rigor desde que el Duque vivía en el pueblo. Yo me coloqué en un rincón de un diván, y desde allí veía perfectamente á todos los jugadores, iluminados por la luz de las lámparas, que las pantallas verdes bajaba hásta ellos. El individuo del Jockey-Club hablaba en voz alta, sentado en el sitio de preferencia, soberbio, indiferente, con las cartas en la mano cogidas con una gracia inimitable é importándosele poco ganar ó perder.

Aquel noble arruinado era, sin embargo, el más rico de la partida. Pero los otros, los pobrecillos necesitaban hacer de tripas corazón para permanecer im-

pasibles. A medida que la partida se animaba, yo seguía atentamente la expresión de las fisonomías. Veía labios que temblaban, ojos que se arrasaban de lágrimas y dedos que se crispaban rabiosamente. Para disimular su emoción, los que perdían lanzaban exclamaciones de *¡cómo me aburro! ¡cómo me fastidio!* pero con aquel terrible acento meridional, siempre significativo é inexorable, aquellas exclamaciones parisienses no tenían el mismo sabor de aristocrática indiferencia que en los labios del Duquesito.

Entre los jugadores había, sobre todo, uno que me interesaba mucho. Era un muchacho alto, muy joven, que había crecido demasiado de prisa, y que tenía una hermosa cabeza de niño, cándida, inculca, primitiva, á pesar de los rizos á lo Demidoff, y en la cual se leían perfectamente todas sus impresiones. Aquel muchacho perdía siempre. Dos ó tres veces lo había visto levantarse de la mesa y salir rápidamente; al cabo de algunos minutos volvía á su sitio, colorado, sudando y muy agitado, y yo me decía:

«Tú vienes de contarle algún cuento á tu madre ó á tus hermanas para que te den dinero.» El hecho es que siempre el pobrecillo entraba con los bolsillos llenos de dinero y empezaba á jugar cada vez con más furor. Pero la mala suerte lo perseguía con encarnizamiento. Perdía, perdía siempre. Veíalo yo crispado, tembloroso, sin fuerzas ya ni siquiera para poner á mal tiempo buena cara. Cada vez que salía una carta, sus dedos se clavaban en el tapete verde; aquello era terrible.

Poco á poco, sin embargo, hipnotizado por aquella atmósfera provinciana de aburrimiento y de inacción, muy cansado además á consecuencia de mi viaje, no se me aparecía la mesa de juego más que como una visión luminosa muy vaga, muy borrada, y acabé por dormirme al arrullo de las voces y del dinero. De repente me despertó el ruido de frases irritadas y de voces que sonaban mucho en aquellas habitaciones casi desocupadas. Todo el mundo se había ido. No quedaba más que el individuo del Jockey-Club y el muchacho de quien acabo

de hablar, los dos sentados y jugando. La partida era seria; cada postura era de diez lises, y sólo al mirar aquella cara de robusto montañés comprendí que el joven seguía perdiendo.

«¡La paz!» gritaba de cuando en cuando con acento colérico. El otro, muy



tranquilo, jugaba, y cada vez que ganaba me parecía ver una malvada sonrisa desdeñosa, casi imperceptible, que contraía sus aristocráticos labios. Oí decir: «¡La buena!» y en seguida un violento puñetazo en la mesa: se había concluido; el pobre provinciano había perdido hasta el último céntimo.

Quedóse un momento aterrado, miran-

do á las cartas sin decir palabra, con la levita arrugada, la camisa mojada y descompuesta, como si acabara de pegarse con alguien. Luego, de pronto, al ver al Duque recogiendo las monedas de oro dispersadas sobre el tapete, se levantó, y dando un puñetazo terrible:

—¡Mi dinero, vive Dios! ¡devolvedme mi dinero! gritó.

Y en seguida empezó á llojar como un chiquillo que era todavía.

— ¡Devuélvame!... ¡Devuélvame! usted.

¡Ah! respondo de que ya no imitaba la pronunciación de los parisienses. Habla-
ba con su voz natural, desgarradora, como la de todos los seres fuertes en quienes las lágrimas acuden trabajosamente y causan verdadero sufrimiento. Su adversario, siempre frío, siempre irónico, lo miraba sin pestañear... Entonces el infeliz se hincó de rodillas, y en voz muy baja, con acento suplicante:

—Ese dinero, dijo, no es mío... Lo he robado... Mi padre me lo había dado para pagar una letra que estaba vencida.

La vergüenza lo ahogaba, y no lo dejó concluir.

Al oír hablar de dinero robado, el Duque se había puesto en pie. Sus mejillas se animaron un poco. La fisonomía había tomado cierta expresión de altivez que le sentaba muy bien. Vació los bolsillos encima de la mesa, y quitándose él también por un momento su máscara de elegante, dijo con voz bondadosa:

—¡Coge eso, imbécil!... ¿Te habías creído que jugábamos de veras?

A mí me dieron ganas de abrazar á aquel aristócrata.

